



# CORTES GENERALES

---

## SESIÓN SOLEMNE

Año 1999

VI Legislatura

---

**Acto Parlamentario con motivo de la visita a las Cortes Generales de Su Excelencia Don Andrés Pastrana Arango, Presidente de la República de Colombia, celebrado el martes, 16 de marzo de 1999, en el Palacio del Congreso de los Diputados.**

PRESIDENCIA DEL EXCMO. SR. D. FEDERICO TRILLO-FIGUEROA MARTÍNEZ-CONDE

---

### SUMARIO

Se inicia el acto a las cinco y cuarenta minutos de la tarde.

— Discurso del señor Presidente del Congreso de los Diputados (don Federico Trillo-Figueroa Martínez-Conde).

— Discurso del señor Presidente de la República de Colombia (don Andrés Pastrana Arango).

Finaliza el acto a las seis y quince minutos de la tarde.

---

**Se abre la sesión a las cinco y cuarenta minutos de la tarde.**

El señor **PRESIDENTE DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS** (Trillo-Figueroa Martínez-Conde): Se abre la sesión de Cortes Generales.

Señor presidente de la República de Colombia, señorías, las Cortes Generales se reúnen hoy en sesión conjunta del Congreso y del Senado, señora presidenta, en este histórico hemicycle, para daros la bienvenida en representación de todo el pueblo español como presidente de la nación hermana de Colombia. Sea también bienvenido el gran amigo de España, que ha tenido y tiene siempre aquí su segunda patria.

La comunidad y aún diría la fraternidad entre nuestros pueblos, entre España y Colombia, está por encima de cualquier declaración retórica de cortesía. No se trata solamente de la historia que hemos hecho juntos desde los lejanos tiempos de Castilla del Oro o de Nueva Granada. Se trata también de los afanes y de los sueños que compartimos de hoy para mañana.

Los seres humanos —dijo el clásico— estamos hechos del tejido de nuestros sueños. Así como siglos atrás hemos compartido la leyenda y la quimera de El Dorado, hoy soñamos juntos el mundo mágico del *Macondo* de García Márquez o del *Caravansary* de Mutis. La lengua y el arte nos trascienden en el tiempo y expresan nuestra manera de ser y de sentir. Nuestros pueblos, señor presidente, sienten de la misma manera, porque tienen la misma manera de ser. Por eso no podemos ser indiferentes a los avatares y a los anhelos de la gran nación cuya unidad simbolizáis, porque son también nuestros avatares y nuestros anhelos, como son nuestras vuestras tragedias y vuestros esfuerzos por superarlas.

Así lo ha demostrado el pueblo español, una vez más, con ocasión del terremoto que ha asolado varios departamentos de vuestro país, entre ellos, las espléndidas áreas de cafetales que tuve oportunidad de conocer junto al entonces candidato Andrés Pastrana. Miles de españoles han querido sumarse a las muestras de solidaridad que el pueblo colombiano ha recibido del mundo entero. Quiero, señor presidente, rendir homenaje, en nombre de los diputados y senadores, a todos los damnificados y también mostrar nuestro legítimo orgullo por la actuación desinteresada y abnegada de tantos cooperantes españoles que han estado y están ayudando a sus hermanos de Colombia.

Por eso, señor presidente, porque no podemos ser indiferentes a vuestros avatares y a vuestros anhelos, tampoco podemos serlo ante el proceso de paz que habéis emprendido por mandato democrático del pueblo colombiano. La paz es el primer e inexcusable objetivo de un Estado de derecho. Cuando la paz se busca y se pretende desde la legitimidad democrática, con el apoyo demostrado por los colombianos en las urnas, con la fuerza que da haber sufrido personal y familiarmente el secuestro y la violencia, la comunidad internacional no puede ser neutral. Los Estados han de comprometerse, por todos los medios a su alcance, en favor

de la paz, respetando siempre el principio de no injerencia.

Quiero reiterar, señor presidente, nuestro compromiso con la paz por la que estáis luchando. España ha alentado siempre los procesos de pacificación en los países de Iberoamérica. Pero la disposición del amigo no puede quedarse en el mero deseo de que culminéis con éxito el proceso de paz que habéis iniciado, porque la paz no supone únicamente el final de la violencia, con ser éste el objetivo más ansiado. La paz sólo puede basarse en un orden social justo, en el que la libertad, la solidaridad y la igualdad de oportunidades estén garantizadas. Para todo ello puede contar, señor presidente, con la colaboración de España. Así lo ha expresado esta mañana la Comisión de Asuntos Exteriores del Congreso de los Diputados al aprobar por unanimidad una proposición no de ley sobre el proceso de paz en Colombia, que tengo el honor de entregaros.

La sociedad española está dando ya pruebas de su apuesta decidida por Colombia al convertirse en el principal inversor europeo de vuestro país. Los acuerdos que cerréis estos días con nuestro Gobierno y con empresas españolas tendrán en esta Cámara el respaldo plural que a los grupos políticos merezca, pero siempre con el denominador común —estoy seguro— de la apuesta por la consolidación de una sociedad de mayor bienestar para todos los colombianos. De entre todos ellos, quiero subrayar la importancia de fortalecer nuestros contactos y acuerdos en el terreno educativo. Como ayer subrayaba Su Majestad el Rey, la educación es una apuesta por el futuro y España apuesta por el futuro de Colombia.

Por nuestra parte, estamos dispuestos a colaborar en el ambicioso proyecto de reformas institucionales que habéis emprendido. Cuando se quiere fortalecer la democracia, la tolerancia y los derechos humanos, es menester reforzar el papel institucional de las Cámaras representativas, porque procesos tan complejos y a la vez tan esperanzadores como el que ahora vivís ofrecen a los Parlamentos una ocasión única para desarrollar su función de integración de las diversas fuerzas políticas, así como su capacidad de canalización, regulación y resolución de los conflictos sociales. Le reitero una vez más, señor presidente, el compromiso y la plena disponibilidad de las Cortes Generales para el desarrollo integral del proceso de modernización institucional del Congreso de la República que tenéis proyectado.

Señor presidente, señoras y señores diputados y senadores, Colombia y España comparten también su pertenencia a la Comunidad Iberoamericana de Naciones. Una comunidad —dice el diccionario de la Real Academia— es calidad de común, de lo que, no siendo privatizado por varios, sin pertenecer a ninguno en particular. Pues bien, a lo que nos es común, a lo que nos es propio y compartido, como el legado de la historia, la lengua, la cultura, el crisol de razas, debemos añadir hoy la paz, la libertad y la democracia de nuestros pueblos, valores de los que los Parlamentos somos garantes.

Los países de la Comunidad Iberoamericana de Naciones estamos obligados a hacer frente a los retos de una sociedad internacional cada vez más globalizada e interdependiente y a hacerlo desde el fortalecimiento de las raíces y los valores comunes. Y, entre ellos, la libertad, que está en la raíz misma de nuestra comunidad, es hoy para todos nosotros una libertad definitivamente recuperada. Libre nació y en libertad me fundo, dijo Cervantes, en frase que hoy podría aplicarse a esa renovada Comunidad Iberoamericana de Naciones. Si la libertad fue el valor supremo que guió al nacionalismo de los procesos de la independencia de Iberoamérica, esa misma libertad es la que hoy nos debe llevar a asumir con renovado vigor nuestros factores comunes, sin ningún determinismo, y a desarrollar la potencialidad de nuestras afinidades, en el seno de la comunidad que constituimos entre todos los pueblos de Iberoamérica.

Y concluyo, señor presidente, señorías. Su presencia entre nosotros me suscita el recuerdo de la singular figura de Maqroll, el gaviero, de Alvaro Mutis. Ese marino que se sitúa en la cima del mástil más alto del barco, en la gavia. En palabras del propio Mutis, el gaviero es el que ve más lejos y anuncia y ve por los otros. Usted, señor presidente, tiene hoy la alta responsabilidad de ver más lejos y de ver por todos los colombianos, para llevar a esa gran nación al remanso de paz y reconciliación que merece.

Mucha suerte en vuestra singladura y muchas gracias. **(Aplausos.)**

Tiene la palabra el presidente de la República de Colombia, doctor Andrés Pastrana Arango.

El señor **PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DE COLOMBIA** (Pastrana Arango): Excelentísimo señor don Federico Trillo, presidente del Congreso de los Diputados, excelentísima señora Esperanza Aguirre, presidenta del Senado, excelentísimos señores diputados, señores miembros de la comitiva que nos acompañan, colegas periodistas, señoras y señores, quiero agradecer al señor presidente, mi amigo Federico Trillo, a Esperanza Aguirre y a todos ustedes, el privilegio de hablar en este recinto donde nace ininterrumpida la democracia que moldea el presente y el futuro del pueblo español.

Vengo ante ustedes con la convicción de estar en el lugar donde se reúnen quienes, a nombre y en representación del pueblo, construyen a diario, con inteligencia y con dedicación, la democracia que sueñan y defienden todos los españoles. Esta cotidiana nascencia es el maravilloso trabajo que impone la democracia, que, cuando no se renueva, se agota a sí misma y termina por perderse. La democracia se recupera o se engrandece mirando hacia adelante, teniendo la certeza de que el porvenir es el pasado que llega. Este pensamiento es cierto si se tiene en cuenta que la política está compuesta de algo que no muere y de mucho que se transforma, según el carácter y las exigencias de los tiempos. ¿Qué es aquello que no muere en la democracia? La respuesta es impor-

tante porque es posible que muchos quieran guardar solemnemente las formas de la democracia, olvidando lo fundamental, y puede que haya otros que, conservando lo fundamental y enriqueciéndolo, estén dispuestos a dar nuevas formas a la democracia.

El secreto de la tolerancia como forma aquilatada de la democracia consiste en saber que no es negociable para un demócrata y para una nación que —hablando el lenguaje de Goytisolo— no quiere perder sus señas de identidad. Todo puede cambiar menos aquello que nos define y que nos hace humanos, nos ubica como nación y nos sitúa como Estado. La tolerancia surge después de hacer profesión de fe por lo que nos une, es el ámbito de la unidad en la diversidad y de la diversidad en la unidad, porque yo estoy convencido, y de ahí no retrocedo, que unidad sin diversidad es tiranía y diversidad sin unidad es anarquía.

Es por ello que me gusta España, esta región del mundo conocida por la capacidad de decir su palabra ante el mundo y dejarla convertida en historia. Me gusta España porque ha construido una sólida democracia basada en el humanismo, partiendo de esa obra maestra que es la Constitución española, donde con acierto se encuentran plasmadas esas claras señas de identidad, que son el reflejo de sus gentes. Y me gusta España porque, desde la historia que yo conozco y aquella que yo vivo, no ha dejado nunca de estar presente cuando se trata de construir perspectivas de convivencia.

Permítanme ustedes hoy entrar en el tesoro de España sin su permiso, porque sé que, aunque vengo de lejos, estoy en mi casa y así le parezca a alguno que es un lugar común convoco ante ustedes a nuestro señor don Quijote, quien con escudero y todo hizo una salida de la que el inmortal Cervantes nos dio cuenta. En los españoles viajeros al Nuevo Mundo llegaron don Quijote y el gran Sancho. En ellos vivían esos soñadores de realidades y realizadores de sueños que llegaron a entregarnos un tesoro irrenunciable, que nos permitiría fundar nuestras patrias de hoy. Nosotros somos esa ínsula que, a fuerza de grandeza, resultó continente. Ese lugar en donde idealismo y realismo se juntaron para que, al decir de Martí, nuestra América fuera posible y cierta.

Y digo de don Quijote y de Sancho porque en ellos he descubierto, antes que en cualquiera de los textos decisivos de los teóricos, la verdad de la democracia que no se agota siendo una forma de Gobierno, sino que se hace vida cotidiana, aspiración, denuncia, testimonio y compromiso. Si alguien es campeón real y defensor insigne de los derechos humanos, ese es don Alonso Quijano, el Bueno, quien con ocasión o sin ella sale a defender vida, obra y bienes de cuantos le rodean, en especial de los más pobres y menesterosos.

Es posible que mi viejo profesor de literatura esté en desacuerdo conmigo, pero, cuando se lee un libro, éste toma en cada uno de los lectores caminos inesperados. Don Quijote nos ha enseñado a fundar la democracia, recordándonos que ella es ante todo respeto por los derechos humanos, solidaridad con los más débiles,

justicia social y paz. Y en eso no me he equivocado. Todos ustedes, representantes de la voluntad del pueblo español, están aquí para defender, promover y enriquecer esos derechos humanos, otorgarles forma del presente, abrirles posibilidades hacia el futuro. Una política que no reconozca como fundamento último y primero los derechos humanos conducirá los pueblos hacia la tragedia. El Estado debe hacerlo y cada Gobierno tiene que asumir el liderazgo de su realización. Pero de la misma manera la sociedad toda debe acudir solícita a cumplirlos y lo deben hacer empresarios, trabajadores, campesinos, militares, policías, insurgentes, artistas, todos sin excepción.

Yo no puedo, nadie puede aceptar la postura de aquellos que acusan a unos y perdonan lo mismo en otros. Hablando, como se dice, en plata blanca, no puedo aceptar, frente a la muerte violenta de los ciudadanos, el que se condene a unos mientras que la misma o peor acción es felicitada como un acierto táctico. La defensa de los derechos humanos no es negociable, porque es la esencia de la democracia y de la política. Su promoción y su defensa, de todos aquellos que los menosprecian, debe estar en la base de la relación entre los pueblos. ¡Qué gran daño están haciendo aquellos que no tienen compromiso alguno con el ser humano, que nada los conmueve y a quienes no importa qué les acontece a sus prójimos; qué gran daño están haciendo los que selectivamente condenan la violación de los derechos! Es preciso despertar y entender que el respeto a la persona obliga al Estado, a la sociedad civil, a las organizaciones no gubernamentales y a todas y a cada una de las personas.

Porque mi Gobierno, señor presidente, está convencido de la importancia que para el ejercicio de la democracia y el logro de la paz tienen estos derechos, hemos emprendido una política integral para garantizar su protección y su respeto. La claridad del compromiso de mi Gobierno en este campo exige la cooperación ciudadana, pues sólo un buen Estado y una sociedad en buen estado pueden realizar plenamente los derechos humanos. Sólo el trabajo conjunto entre el Gobierno y la sociedad logrará imponer en Colombia una cultura que garantice su respeto y su protección.

Es preciso que desterremos de la política el duro expediente del cainismo social. Caín contestó a la pregunta insistente de Dios por la vida de Abel: ¿Acaso soy yo guarda de mi hermano? La respuesta de hoy es clara: sí. Hasta aquellos que han tomado la opción de ser Caín están obligados a defender la vida de sus hermanos. Es preciso seguir afirmando a porfía que la democracia sólo es posible allí donde se ha recuperado un aquilatado sentido por la vida. Si algo quiero llevar en la valija de mi historia personal al término de este ejercicio del bien común que se denomina gobernar es el haber despertado y fundamentado compromisos con la vida que, traducidos a la política, se expresan en el respeto a los derechos humanos.

Quien opta por la vida lo hace inevitablemente por la paz y debe reconocer esa relación evidente que S.S. Juan Pablo II establece cuando afirma que "El secreto

de la paz verdadera reside en el respeto a los derechos humanos". Es la hora de la paz, no sólo para quienes padecemos su ausencia, sino también para aquellos que usufructúan de su lejanía, para aquellos que discurren por la vida como gente honrada, mientras venden armas para la muerte de los inocentes. Es la hora de la paz para todos y es preciso que todos tengamos la audacia de atrevernos a hacerla posible.

Colombia ha comenzado a recorrer con optimismo y con esperanza el camino de la paz. Entendemos que ella, como el elixir de fierabrás, es la única que podrá curar las heridas que hoy distancian a los colombianos e impiden su reconciliación. Su obtención exige aventurarnos hacia los valores, hacia la recuperación del sentido mismo de la dignidad humana y, sobre todo, hacia el respeto incondicional de la vida. Hemos comenzado un proceso de diálogo amplio con los grupos insurgentes con quienes tenemos puntos de coincidencia en temas como la justicia social, la protección del medio ambiente y la recuperación del verdadero sentido de la política como poder de servicio.

La política de paz de mi Gobierno reposa sobre tres bases o pilares fundamentales: la negociación con la oposición armada, con el objetivo de llegar a un acuerdo de paz firme y duradero; el desarrollo del denominado Plan Colombia, cuyo fin es el desarrollo de programas de inversión en las zonas más afectadas por la violencia, y la reforma del sistema político colombiano, teniendo como meta fundamental la lucha contra la corrupción. Urge, por tanto, entender que la paz no es en ningún caso ausencia de la guerra sino presencia del desarrollo. La paz demanda la superación de la pobreza, del hambre, del desempleo, del problema mundial de las drogas y de la corrupción, y la protección activa del medio ambiente.

La decidida solidaridad que ha expresado en reiteradas oportunidades España en la construcción de la paz en nuestro país me mueve a expresar mi más profunda gratitud en nombre del pueblo colombiano. La participación de la comunidad internacional constituye un muy valioso aporte para la reconciliación en Colombia. La diplomacia por la paz que he promovido desde el inicio de mi mandato ha recibido generoso respaldo de la comunidad internacional.

Muchas veces lo he dicho: el peor enemigo de la paz es el narcotráfico. Como los molinos de viento, el problema mundial de las drogas, a la vez que hace alucinar a algunos, lastima seriamente las posibilidades de paz y echa a rodar por el piso las posibilidades de progreso. Este gigante del problema mundial de las drogas constituye una grave amenaza para la estabilidad democrática y es una fuente inigualable de violencia y corrupción. Es por ello por lo que mi Gobierno ha venido adelantando con total determinación una lucha frontal contra este flagelo, para lo cual nos hemos propuesto seis objetivos fundamentales: el desarrollo alternativo, la reducción de la oferta de las drogas, el fortalecimiento jurídico e institucional, la reducción de la demanda, la gestión ambiental y la política internacional.

El cultivo de drogas ilícitas en Colombia es ante todo un problema social y, por ello, la erradicación de los cultivos debe ir acompañada de un programa de sustitución de los mismos que ofrezca oportunidades de empleo honesto a los cientos de campesinos que encuentran en las drogas ilegales su sustento para vivir. Nuestra sociedad ha dejado de estar narcotizada y se ha despertado de la larga pesadilla que fue convivir con este flagelo. El costo de este despertar ha sido enorme, pero cada día los colombianos somos más conscientes de la importancia que tiene para nuestro país y el mundo entero alcanzar una solución definitiva para el problema mundial de la droga.

Hoy, cuando al comenzar estas reflexiones en voz alta convoqué a nuestro señor don Quijote, quise asumir el costo de estar frente a él y reconocer que en la base de ese enunciado de mi política de paz con desarrollo está esa vieja misión suya de "desfacer entuertos" que fue la pasión de su vida.

No podemos ser tan ciegos para no entender que una democracia que sólo entrega carencias a sus asociados no puede aspirar a ser defendida por los menesterosos. Una economía no puede reclamar para sí el título de economía moderna si tan sólo es generadora de desempleo. Una gestión económica no puede considerarse buena para la democracia si en lugar de reducir la brecha entre ricos y pobres la convierte en abismo y en confrontación. El derecho a la vida y el derecho a la paz se vinculan inexorablemente al derecho al desarrollo.

El desarrollo es entonces el hilo conductor de la paz y la garantía de la democracia. Cooperación para el desarrollo es cooperación para la paz; cooperación para el desarrollo es ayudar a un pueblo a despertar a la gestión económica generando riqueza propia, empleo estable y producción calificada; cooperación para el desarrollo es entender que la cultura y la capacitación son las grandes llaves de una dignidad verdadera y que no hay democracia en la ignorancia y en el olvido del conocimiento.

Hay quienes se preguntan con sincero afán cómo participar, por ejemplo, en la construcción de la paz en Colombia. Yo no dudo en contestarles: ayudando a crear factores de desarrollo, despertando iniciativas locales, entendiendo que junto al balance económico de cada inversión debe hacerse el balance social que ha producido la gestión económica.

Democracia también es generar empleo. No se necesita mucha sabiduría para entenderlo: quien no tiene empleo para su trabajo es como aquel actor que ha perdido el libreto y no puede siquiera subir al escenario. La globalización del empleo debiera ser propósito paralelo de una economía que legítimamente aspira a globalizarse. Participo de quienes piensan que antes de que ocurra la globalización de los instrumentos como la economía o la informática es preciso que se dé la globalización de valores como el de la solidaridad. Cuando hace ya mucho tiempo McLuhan habló de la aldea global y luego de esta bella nave espacial en la que todos viajamos y que se llama planeta tierra, expresó con ello el imperativo de la solidaridad. Países ricos y países pobres estamos vinculados a la supervivencia del planeta.

Una grande y bella paradoja ha determinado que en buena medida la riqueza ambiental vinculada a la supervivencia esté radicada en los países en vías de desarrollo. Desde hace más de una década el informe de las Naciones Unidas titulado *Nuestro destino común* señalaba esta evidencia de la concentración de la riqueza ambiental en el área de los países pobres y, más aún, significaba que los grandes predadores eran, en medida semejante, los pobres y los ricos: aquéllos por la desesperada búsqueda de supervivencia y éstos por la locura desatada por el consumo.

Hay que trabajar urgentemente en desarrollar un nuevo concepto de seguridad internacional centrado en la protección del medio ambiente. Da vergüenza y preocupa observar cómo hay países desarrollados que mantienen teorías y discursos sobre la paz y sobre el desarrollo y que luego se niegan a participar en las decisiones oportunas sobre el ambiente. Nadie puede negar que la conservación ambiental de la tierra exige destinar cada año más de 130.000 millones de dólares al desarrollo de los países pobres y se debe asistir a la expresión de la inconsciencia al constatar que a duras penas se logra aportar la mitad de esta suma.

Permítanme decirles ahora que vengo de Colombia, una bella y querida región del mundo de cuyo nombre siempre quiero acordarme, una nación que une el orgullo de su innegable hispanidad a la otra gama de orgullos de sentirse indígena, negra y mestiza. Permítanme decirles que vengo de la cercanía de ese Macondo ilimitado de nuestro Nobel García Márquez, donde también toda bondad es posible y está segura de merecer el porvenir. Vengo desde un continente apasionado en descifrar sus interrogantes a visitar una nación que ha logrado interpretar los propios con claridad y está dispuesta a compartirlos.

El gran Maimónides afirmaba que la historia era política en estado sólido, en tanto que la política era historia en estado líquido. Permítanme, al cerrar estas palabras, saludar desde la política a la historia que ustedes representan. Mucho es lo que debemos agradecer desde nuestra América a España, pero sobre todo hemos de hacerlo por esta lección que imparte cotidianamente a salón abierto de que la paz sólo puede ser y crecer como democracia.

Muchas gracias por escucharme y sobre todo por haber experimentado que en España comienzan a darse las señales que recuperan la certeza de que la democracia es posible —debe ser posible— no sólo como forma de Gobierno sino como forma de vida.

Muchas gracias. **(Fuertes y prolongados aplausos.)**

El señor **PRESIDENTE DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS** (Trillo-Figueroa Martínez-Conde): Muchas gracias, señor presidente.

Señorías, se levanta la sesión.

**Eran las seis y quince minutos de la tarde.**